

MERCADO. Un vendedor se prepara para llevar una carga de mercadería sobre su cabeza.



que hicieron grande a Sonargaon. Imagino las guerras con los mogoles y con el Imperio británico ocupando las riberas. Le pido a Kobir que negocie con un capitán para dar una vuelta en alguno de los botecitos a motor. Lo veo hablando flanqueado por muchas personas. Me indica que subamos. El capitán es fornido, de cara dura y barba negra frondosa: no entiende mucho qué debe hacer o adónde ir.

—Demos unas vueltas por el río hacia abajo o hacia arriba, y no se aleje mucho de la orilla —le digo, pensando en tomar buenas fotos del borde.

Tras casi una hora sobre la embarcación —una hora que, siendo francos, se torna algo monótona—, ofrece llevarnos a recorrer un islote donde vive con su familia.


—Por supuesto. Me encantaría —respondo y veo la cara de Kobir alegrarse genuinamente por primera vez.

En su casa nos sirve chai (té con leche) en unos vasos metálicos. La infusión se siente especiada. Percibo, aunque nunca he tenido paladar, el cardamomo, el jengibre y la canela. Todo esto me recuerda tanto a India y tan poco a Pakistán.

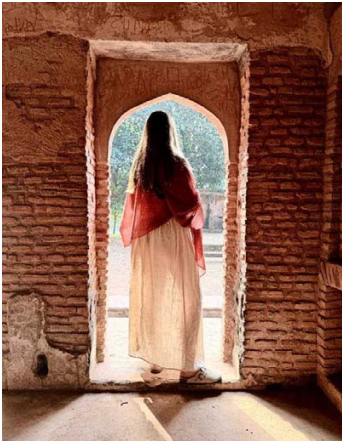
La tarde se escapa con rapidez. Todo fluye. Los niños corren por las callejuelas de este islote donde habitan apenas cien familias. Se les ve alegres, risueños y en comunidad. Me pregunto si irán al colegio y cómo lo harán. Imposible no pensar en mis hijos y lo afortunados que son. Cuánto marca el dónde se nace, y cómo influye. Qué injusto es el mundo.

Al regreso le digo a Kobir que mañana domingo, cuando abran los bancos, me gustaría ir a uno para comprar un fajo de billetes de dos takas. Son el papel moneda de menor denominación. Hacerse de un fajo precintado de cien, por menos de dos dólares, me parece fantástico. Un objeto en sí mismo, que no será el primero —y espero tampoco el último— que atesore mi biblioteca viajera.

—¿Para qué quiere un fajo de esos billetes? —me pregunta con un tono y una mirada que dice, sin decirlo, “usted no los necesita”.



RICKSHAW. Transporte a pedal y barbas coloridas, un buen resumen del día a día local.



PANAM NAGAR. Bajo uno de los portales de esta famosa calle, Delia, la hija del autor.



VEREDAS. Caminar también es navegar el ruido: el pulso urbano se mide mejor a pie.

—Me gustaría llevarlos de recuerdo. Tengo un compañero de trabajo que colecciona billetes y le servirán para intercambiarlos —miento.

A veces son más sencillas y creíbles las respuestas que involucran a otros. La verdad sería más compleja de argumentar y menos entendible aún que las ventajas de la luz matutina para mis fotos.

—No es necesario, podemos ir hoy —dice escuetamente y sin emitir opinión.



MEGHNA. Una lancha avanza por este río que bordea Sonargaon y enlaza con los islotes del delta.



RUINAS. Panam Nagar, una calle entera de casas señoriales abandonadas, hoy recorrida por locales.

—Creí que hoy sábado los bancos estaban cerrados, igual que las oficinas públicas —le digo.

—Los bancos están cerrados, pero podemos comprar billetes en la calle.

—Sucede que yo quiero el fajo nuevo, sin uso. No quiero billetes usados.

—No se preocupe, los vendedores ambulantes los venden nuevos y sellados. Además, así usted se evita la fila. El sobreprecio es muy bajo.



ATESTADO. Viaje a cualquier precio: un bus desbordado, con pasajeros aferrados a la entrada.

—Fantástico entonces. Vamos para allá.

El vendedor está literalmente en la calle. Tiene un pequeño escritorio en la vereda con los fajos sobre la mesa. Son trescientas takas por paquete de dos takas, me señala tomando un fajo. Mi cálculo matemático indica que su margen es del cincuenta por ciento, pero llevado de nuevo a dólares son algo así como ochenta centavos.

—Deme dos fajos de dos takas y otros dos fajos de cinco —le pido. Por fortuna, Kobir se ha quedado en el auto y no tendré que explicarle que al final compré cuatrocientos. En ambos tipos de billetes, uno verde con naranja y el otro morado, está el rostro del *sheikh* Mujibur Rahman, más conocido como Bangabandhu (“amigo de Bengala”), que fue el primer Presidente de Bangladesh. La historia —que leo después— dice que ganó las elecciones de 1970 del entonces denominado Pakistán Oriental y que esos comicios no fueron aceptados, dando inicio a protestas, represión y muertos, todo lo cual desencadenó el proceso de independencia y posterior nacimiento del país.

Bangabandhu es el equivalente a Jawaharlal Nehru en la India, aunque sin el característico gorro blanco del hindú y con un rostro más ancho, de bigote espeso y unos anteojos de marco grueso que me encantaría sumar a mi colección. Lo veo además en el billete con canas grises y, por desgracia para él, ya sin posibilidad de seguir las supuestas enseñanzas del Profeta en cuanto al uso de la henna.

Al hotel regreso exhausto, pero contento con los fajos y las fotos. Para ser segundo día en el país, debo decir que estoy encantado. Y sorprendido, lo que cuando uno viaja se agradece. Y mucho. **D**